

Los seis chimpancés de La Casa Amarilla de Tenerife que hicieron historia (misterio resuelto)



Llegaron desde Camerún, vivieron siete años en Canarias junto a un psicólogo alemán y formaron parte del primer centro primatológico del mundo. En 1920 se les perdió la pista. Ahora un investigador español reconstruye la historia del experimento y de la peripecia de Wolfgang Köhler y Sultán, Tschego, Rana, Chica, Grande y Tercera... que acabó en libro: 'La mentalidad de los simios'. Murieron en el zoo de Berlín. El cuidador canario de los monos, Manolo, inspiró un personaje de Agatha Christie



Por **Gabriela Balarezo**

Es febrero de 2023 y Javier camina por un largo pasillo flanqueado por almacenes. Percibe un olor particular que meses después no consigue describir ni descifrar. Como a «habitación cerrada» o a «algo orgánico pero muy pasado», dirá meses después. Detrás de una de esas puertas está la clave de un enigma que ha tratado de resolver durante años.

Todo empezó tiempo atrás y a cientos de kilómetros de distancia. La Casa Amarilla todavía estaba en pie pero ya quedaba poco del esplendor que tuvo antaño. Había sobrevivido a un intento de demolición y a las inclemencias del clima. Javier estaba parado allí frente a los restos de lo que a inicios del siglo pasado fue un importante centro de investigación cuando en su mente empezó a fraguarse una idea...

En esta construcción, ubicada en el Puerto de la Cruz (en la costa norte de Tenerife), funcionó entre 1913 y 1918 la Estación de Antropoides de Tenerife. Fue,

de hecho, el primer centro de estudios primatológicos de la Historia. Allí Wolfgang Köhler, el célebre psicólogo alemán, realizó una serie de observaciones con chimpancés y orangutanes que marcaron un antes y después en la visión sobre los primates no humanos. En ese lugar, Köhler descubrió que estas criaturas tenían mecanismos de razonamiento próximos a los humanos.

Hoy, más de un siglo después, una investigación del académico español Javier Virués-Ortega —profesor asociado de la Universidad de Auckland (Nueva Zelanda)— rescata la historia (perdida por el paso del tiempo) del psicólogo alemán y de los primeros chimpancés que fueron protagonistas, y piezas clave, de sus observaciones.

El relato «casi novelesco» que ha reconstruido Javier lo llevó desde esa edificación derruida en Tenerife hasta un museo europeo en donde finalmente encontró a los chimpancés. O lo que quedaba de ellos. Unos primates que en la época en la que habitaron en La Casa Amarilla fueron auténticas celebridades,

sobre todo en Alemania, en donde la prensa local seguía de cerca los avances de los experimentos de Köhler.

Los monos que «pasaron a la Historia» fueron los primeros en llegar a la estación. Eran seis y se llamaban *Sultán* (el único macho), *Tschego*, *Rana*, *Chica*, *Grande* y *Tercera*. Los primates viajaron desde Camerún y llegaron al centro tiempo antes de que arribara el mismísimo Köhler.

Javier empezó a hurgar en la vida del psicólogo y filósofo alemán en 2020. Coincidió que parte de la pandemia la pasó en Canarias. La ruinoso Casa Amarilla fue su fuente de inspiración. La bombilla que se iluminó en su mente. Y, posteriormente, siguió con las pesquisas de forma esporádica.

El primer paso lo dio por pura curiosidad, confiesa a *Crónica*. Contactó con la Sociedad Filosófica Estadounidense (*Ame-*

rican Philosophical Society) porque había escuchado que allí se guardaban las cintas originales que Köhler grabó en el centro de investigación en Tenerife. En esta reconocida institución ubicada en Filadelfia (EEUU) se conservan, entre otras cosas, manuscritos originales de Benjamin Franklin.

Virués-Ortega solicitó las copias digitales de las famosas películas de Köhler y las examinó minuciosamente. Pronto se dio cuenta de que algunos de los clips que le habían entregado no se habían publicado antes. Eran escenas del alemán junto a *Sultán*, el macho,

en las que aparentemente le entrenaba para unir dos cañas y usarlas como herramientas.

Estas escenas inéditas le llamaron mucho la atención, reconoce el profesor, porque parecían contradecir las conclusiones de sus experimentos. El trabajo del psicólogo consistía

en observar a los chimpancés y anotar de forma muy detallada en un diario todo aquello que sucedía. Eran pruebas sencillas, dice Javier. Básicamente enfrentarlos a un estímulo (comida) y ver lo que hacían.

Para obtener la comida —por lo general, plátanos de Canarias (el centro estaba rodeado de una plantación)— siempre había un impedimento o un reto a superar. El objetivo era evaluar el tipo de habilidades de estas criaturas al estar motivadas. Entonces «no había apenas estudios así con animales de este tipo», aclara Javier.

IDEA INGENIOSA PARA CONSEGUIR PLÁTANOS

Además de las notas que tomaba, también filmó las sesiones. Una de las más conocidas tiene a *Sultán* como protagonista: se ve al mono unir dos cañas como una forma de alcanzar un plátano. Lo curioso es que nadie le había enseñado a construir esta herramienta para alcanzar la fruta, que lo hizo por iniciativa propia.

Por esta razón, la escena inédita que encontró Javier y que

mostraba al mismo chimpancé realizando una acción similar motivado por Köhler, lo desconcertó. Tiempo después, tras cotejar información supo que este clip inédito era posterior a la filmación del famoso experimento del uso de una herramienta.

Durante los siete años, aproximadamente, en los que se concentraron las investigaciones el alemán llegó a escribir más de mil páginas. Estos diarios de anotaciones se convirtieron después en un libro *The Mentality of Apes* (*La mentalidad de los simios*). Lo que fue, a su vez, la antecala y base de los estudios que la primatóloga Jane Goodall condujo en la década de los 60 con chimpancés en libertad.

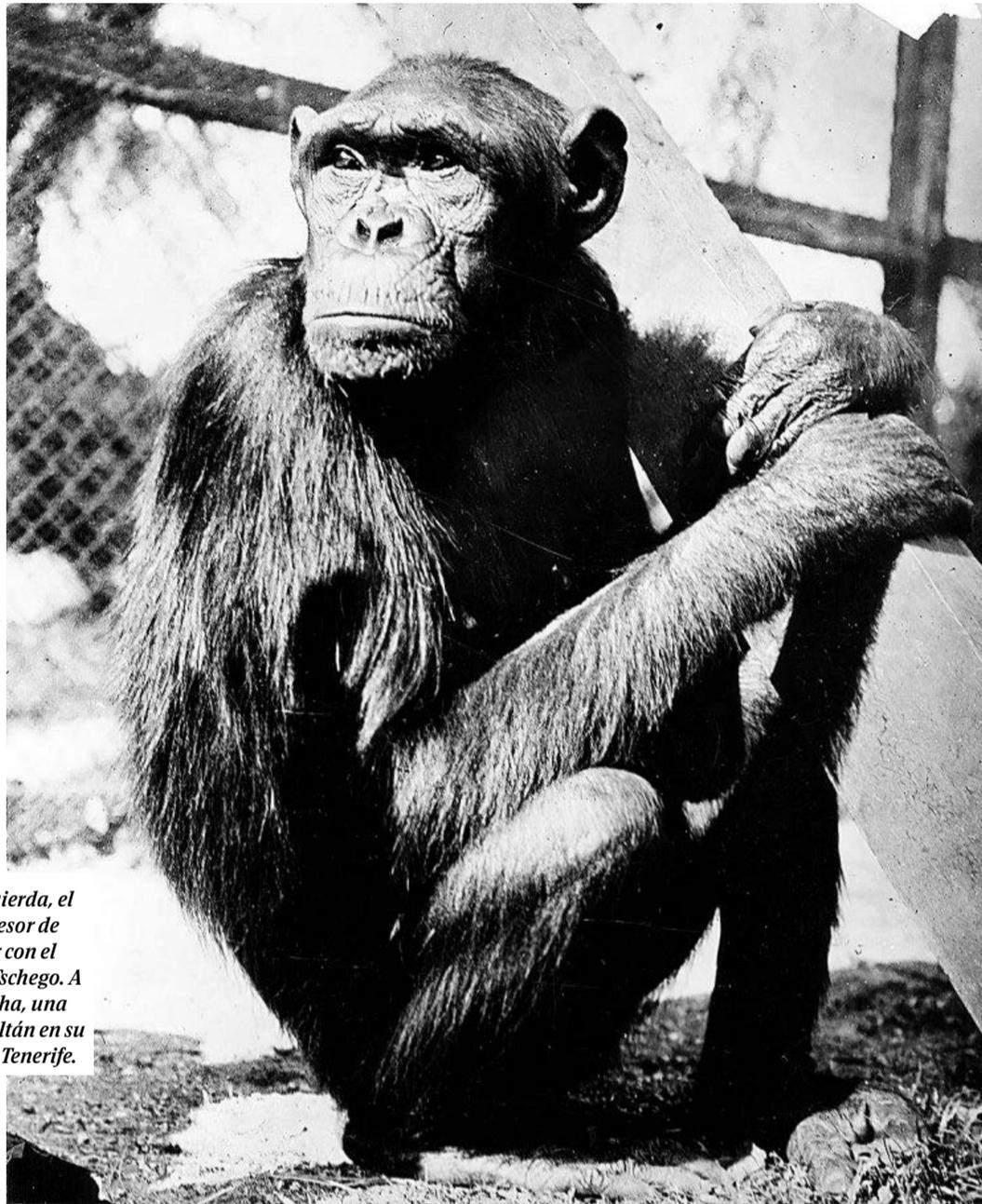
Con sus observaciones y análisis, Köhler acortó esa brecha que separa a los humanos de las *bestias* (en este caso los primates). «Enfatiza el parentesco del ser humano con otras especies. No sólo en los aspectos morfológicos, porque cuando tú miras a un chimpancé estás viendo la misma mirada que ves en una persona, sino incluso en sus rasgos más íntimos,



Wolfgang Köhler.



A la izquierda, el predecesor de Köhler con el primate Tschego. A la derecha, una foto de Sultán en su época de Tenerife.



más conductuales o las habilidades cognitivas», explica Virués-Ortega.

RECUPERACIÓN DE UN ESTUDIO HISTÓRICO

Esta investigación que nació de la curiosidad genuina de Javier se ha convertido en una suerte de homenaje a Köhler y a los primates que participaron en las sesiones. Una investigación que plantea varias bifurcaciones. A los artículos académicos que ha ido preparando, se suman más estudios (para conocer el origen específico de los monos) y un documental en el que aún trabaja.

Javier, doctor en Psicología, se resiste a dejar que esta historia que ha rescatado se pierda nuevamente con el paso de los años. «En la ciencia las cosas pasan solo una vez», recuerda.

Así no escatima en detalles. Habla de la llegada de los chimpancés a Tenerife. Se sabe que los trajeron desde Camerún. Hicieron la travesía en vapores que zarpaban desde África con rumbo a Europa continental, haciendo una parada en Canarias. Eran ejemplares jóvenes de no más

de dos o tres años. Una condición fundamental para los experimentos: debían ser primates que apenas tuvieran experiencias previas.

Mientras que el psicólogo llegó a las islas en las Navidades de 1913 por mandato, y auspicio, de la Academia Prusiana de Ciencias de Berlín. Aunque sus investigaciones se concentraron en el periodo 1913-1918, permaneció en Tenerife hasta 1920.

Un hecho poco difundido de sus experimentos, y que ahora rescata Javier, fue que su mano derecha fue un español, oriundo de Canarias. Su nombre era Manuel González García y fungió como cuidador de los chimpancés. De hecho, fue él quien presenció de primera mano la prueba en la que Sultán unió las dos cañas para usarlas como una herramienta. Manuel, al que conocían como *Manolo el de los machangos*, era quien más conocía a los simios.

De lo poco que se conoce de él, el profesor de la Universidad de Auckland destaca que inspiró un personaje de una novela de Agatha Christie. La famosa escritora de misterio es-

tuvo en Canarias en febrero de 1927. Allí terminó *El misterio del tren azul* y en algún momento sus pasos se cruzaron con los del cuidador de los monos. Entonces lo *convirtió* en un personaje. En un pasaje de *El Enigmático Sr. Quin* (1930) describe: «Manuel, el jardinero español, deseó un buen día con una floritura y entregó galantemente un ramo a las damas y una sola flor como ojal a los caballeros, su rostro oscuro coronado con una sonrisa».

El que sería un encargo momentáneo para el psicólogo alemán se alargó a causa de la Primera Guerra Mundial. Un suceso histórico que también cambió las condiciones de su estancia. El hombre que fue muy querido por los lugareños en sus inicios, porque hacía de médico cuando le requerían, se convirtió de pronto en un *enemigo*. Las sospechas de que podría ser un espía alemán empezaron a regarse por la isla. Nunca llegó a comprobarse que lo fue-

ra y, al principio, el científico no se tomó en serio aquellos rumores, señala Virués-Ortega. Sin embargo, los ingleses se empeñaron en condicionar su estancia en territorio canario.

Al punto que compraron el terreno en donde se levantaba La Casa Amarilla, detalla Javier, para sacar a Köhler y a su familia de allí. El psicólogo se refugió en una especie de pensión para alemanes (*Villa del Ciprés*, que se conserva al día de hoy) en donde vive durante los dos

últimos años que pasó en el Puerto de la Cruz y realiza sus últimas investigaciones con los simios. De este periodo final, destacan unas observaciones con una hembra orangután. En total 14 primates participaron en los experimentos.

En las Navidades de 1920, Köhler, que había llegado a Tenerife a sus 30 años—tras acabar su tesis doctoral—, se despidió de la isla. Los chimpancés con los que trabajó durante siete años también viajaron a Alemania, vía Rotterdam. A todos los reubicaron en el zoológico de Berlín, pudo constatar Javier, y la Academia Prusiana recibió una buena suma por ellos.

Las condiciones en Berlín resultaron muy duras para los primates y en 1923, tres años después de dejar Canarias, ya no quedaba ni uno en pie. Gracias a sus pesquisas Javier pudo saber que las muertes de los primates coincidieron con épocas de frío. Algunos pillaron infecciones y otros no aguantaron la dureza del clima en esa zona.

El académico español también pudo averiguar que *Rana* y *Sultán* tuvieron una cría, que fue el primer chimpancé nacido en cautiverio. Lo bautizaron como *Kaspard* y fue criado en aislamiento, alejado de los de su especie, para observar su desarrollo. El pequeño *Kaspard* tampoco corrió con buena suerte: perdió un brazo en un accidente y murió cuando tenía tres o cuatro años.

Pero la búsqueda de Javier no acabó allí. Quería saber qué había pasado con los chimpancés tras fallecer. Así llegó al Museo de Ciencias Naturales de Berlín (*Museum Für Naturkunde*). Con la ayuda de los conservadores del museo, el doctor Frieder Mayer y Christiane pudo acceder a sus restos.

Tras una de las puertas de ese largo pasillo del museo, guardados en cajas, entre miles y miles de baúles con otros ejemplares (quizás la colección más grande de animales conservados del mundo), yacían *Sultán*, *Tschego*, *Rana*, *Chica*, *Grande* y *Tercera*. O lo que quedaba de ellos. Habían dos cráneos (de *Rana* y de *Tschego*), las pieles curtidas de todos, el esqueleto completo de *Tschego* y un feto conservado en un frasco de esta última.

Javier no pudo contener la emoción de ver, y palpar físicamente, los restos de estas criaturas de las que tanto había leído y escuchado hablar. No es el último peldaño, todavía quedan los estudios que realizará con Tomás Marques Bonet, de la Universidad Pompeu Fabra, para geolocalizar las muestras históricas de ADN de los primates. Un nuevo capítulo que se abre en esta historia.

@gabibal



TRAS LOS RESTOS DE LOS CHIMPANCÉS EN BERLÍN...

El académico español Javier Virués-Ortega (derecha) y el arqueólogo David García, colaborador del proyecto, en el Museo de Ciencias Naturales de Berlín, junto al esqueleto de uno de los primeros primates estudiados. JAVIER VIRUÉS-ORTEGA